

# Francisco Gutiérrez Sanín

## ¿Una historia simple?\*

Por **Juan Camilo Portela García**  
Grupo Estudios Políticos  
Instituto de Estudios Políticos  
Universidad de Antioquia

**A**ntes de iniciar cualquier consideración crítica sobre el texto que Francisco Gutiérrez Sanín construyó para la Comisión Histórica del Conflicto y sus Víctimas, hay que dejar constancia de que las ideas que pone sobre la mesa, los sustentos que aporta y la forma como desarrolla sus argumentos constituyen un trabajo admirable, que recoge en un modelo coherente y dinámico varios factores explicativos sobre los orígenes y la persistencia del conflicto armado colombiano. En este sentido, escribir una reseña crítica sobre su trabajo implica un reto nada desdeñable, del cual no es fácil salir bien librado.

### 1. Factores y dinámica de la guerra civil colombiana

Gutiérrez afirma que hay dos grandes oleadas de guerra civil en Colombia. La primera inicia aproximadamente a finales de la década de 1940 y va hasta comienzos de la década de 1960, y es conocida como La Violencia; mientras que la segunda, a la que llama *guerra [contra]insurgente*, inicia después de la anterior y llega hasta nuestros días. A pesar de estar “orgánicamente conectadas” presentan diferencias en sus “protagonistas, principales motivos y lógicas subyacentes” (p. 498). El autor se concentra en la segunda, que incluye dos momentos: a) los *orígenes*, con la creación de las guerrillas; y b) la entrada de Colombia propiamente a un estado de *guerra civil* a finales de 1970, es decir, la *persistencia* del conflicto.

Para determinar qué factores explican los orígenes y la persistencia del conflicto, Gutiérrez se inclina por aquellos que resisten una perspectiva comparada, es decir, que van más allá de la especificidad del caso colombiano y han sido sometidos a comparaciones con otros casos para demostrar su relevancia explicativa. De esta forma, propone dos bloques de condiciones explicativas: de los orígenes y de la persistencia.

Sobre los orígenes, Gutiérrez enuncia cinco factores. En primer lugar, en la historia colombiana hay una larga tradición violenta que incide en la formación de destrezas y personal para la guerra. La Violencia del cincuenta dejó como legado una hipoteca institucional: “cristalizada en cuestiones como los literalmente miles de decretos expedidos bajo estado de emergencia” (p. 503); y unas condiciones sociales favorables a la acción armada independiente del Estado, como deudas de sangre, sentimientos de humillación, odio y venganza, bases sociales campesinas martirizadas, redes de sociabilidad articulados a proyectos de resistencia armada y formación de especialistas en la violencia. Gutiérrez da a este grupo de condiciones institucionales y sociales el nombre de *herencias de La Violencia* (p. 500).

Como segundo factor, la *desigualdad agraria creada a través de la asignación política de los derechos de propiedad*, que se refiere a que “los agentes claves [sic] encargados de la asignación y especificación de los derechos de propiedad [...] han estado ligados de manera directa y sin mediaciones a la política partidista competitiva”; lo cual implica que los políticos han garantizado “acceso a la tierra protegido por la coerción y la impunidad” (p. 505). De esta situación surge una tendencia a la *concentración de la tierra*, amparada por la combinación de contactos políticos y abogados, y el recurso a la violencia; y una tendencia a la *movilidad social ascendente* por parte de especialistas en violencia que buscan verse beneficiados de la misma combinación. También genera una expansión violenta de la frontera agrícola y, dada la articulación de poder político y gran propiedad, produce cierres regionales y locales. En conjunto, Gutiérrez afirma que esta condición constituye la “bomba atómica de los diseños institucionales” en Colombia (p. 505).

Como tercera condición, si bien la idea de cierres políticos en Colombia requiere una reconsideración —durante el Frente Nacional, el régimen político y las instituciones colombianas estuvieron entre las más abiertas de América Latina—, sí se presentaron unas formas de representación que implicaron *exclusiones institucionales del campesinado por debajo del nivel del régimen político* (p. 500), dando lugar a un “sesgo anticampesino” (p. 507). La combinación entre exclusión política e inequidad material constituye una “desigualdad horizontal”, que es un factor explicativo muy importante del origen de las guerras civiles (p. 508).

Un cuarto elemento es la provisión privada de coerción-seguridad, que se dio mediante la *reapertura del acceso a la provisión privada de seguridad* durante el Frente Nacional (p. 509). En los gobiernos de Valencia y Lleras se expidieron decretos que institucionalizaron la figura de las autodefensas y establecieron que el ejército se encargaría de recibir las demandas de seguridad privada de la población, como marco institucional de la guerra contrainsurgente. Finalmente, el sistema político colom-

**La Violencia del cincuenta dejó como legado una hipoteca institucional: “cristalizada en cuestiones como los literalmente miles de decretos expedidos bajo estado de emergencia” (p. 503); y unas condiciones sociales favorables a la acción armada independiente del Estado, como deudas de sangre, sentimientos de humillación, odio y venganza, bases sociales campesinas martirizadas, redes de sociabilidad articulados a proyectos de resistencia armada y formación de especialistas en la violencia.** ”

**Como segundo factor, los patrones de violencia de la guerrilla contra los civiles, particularmente el incremento del secuestro, fueron la clave que activó una violenta respuesta por parte de élites regionales, previamente proclives a tal tipo de respuesta. Es decir, el secuestro vinculó “los motivos generales de la con-  
trainsurgencia con los del patrimonio y seguridad personal de los involucrados” desembocando así en una respuesta violenta que se cristalizó en el paramilitarismo (p. 516). La respuesta  
contrainsurgente no solo se dirigió a la guerrilla sino a una amplia gama de actores sociales y políticos. ”**

biano experimentó unas *dinámicas centrífugas y bloqueadoras* a causa de la fortaleza de las élites locales (p. 510). Esto significó la imposibilidad de llevar a cabo las grandes reformas sociales del programa del Frente Nacional, hecho que incidió en su pérdida de credibilidad y apoyo.

La combinación de estos factores dio lugar a una secuencia histórica que generó la entrada de Colombia a una guerra civil propiamente dicha. Esta secuencia comenzó con los procesos de reforma agraria de 1961 y 1968, que dieron lugar a un realineamiento de fuerzas en el sistema político y en las élites económicas en torno a una opción distinta a la reforma: la colonización. La colonización implicó el poblamiento de regiones donde no había “ni mercado ni estado [sic]” (p. 511).

Sobre la persistencia, Gutiérrez propone como primer factor explicativo el *narcotráfico*. En los ochenta, Colombia “se volvió un jugador de primera línea en el mercado mundial de la coca” (p. 513); lo cual incidió en la profundización de las tendencias centrífugas del sistema político, puesto que las coaliciones regionales no requerían del centro para tener acceso a financiación y coerción. Además, el narcotráfico contribuyó al desarrollo militarista de las FARC por tres vías: a) el aumento de recursos para “armas, rancho, logística y procesos de expansión” (p. 515); b) definición como autoridad regulatoria de economías sobre la que no operaba el Estado, en el ámbito local y regional; y c) incremento en la capacidad de reclutamiento.

Como segundo factor, los *patrones de violencia de la guerrilla contra los civiles*, particularmente el incremento del secuestro, fueron la clave que activó una violenta respuesta por parte de élites regionales, previamente proclives a tal tipo de respuesta. Es decir, el secuestro vinculó “los motivos generales de la con-  
trainsurgencia con los del patrimonio y seguridad personal de los involucrados” desembocando así en una respuesta violenta que se cristalizó en el paramilitarismo (p. 516). La respuesta  
contrainsurgente no solo se dirigió a la guerrilla sino a una amplia gama de actores sociales y políticos.

Una tercera condición fue la masiva *provisión privada de la coerción-seguridad*. Este fenómeno estuvo anclado en demandas locales y regionales por parte de las élites vulnerables referidas anteriormente, y fue habilitado nacionalmente. Además, se presentó una convergencia en el fenómeno paramilitar: *la articulación de la provisión privada de seguridad a orientaciones estratégicas de agencias nacionales*. Gutiérrez afirma que el paramilitarismo se apoyó en tres actores cuya forma de agencia está anclada a lo local: a) elites rurales legales insubordinadas; b) elites ilegales también insubordinadas; y c) sectores del sistema político que simpatizaban ideológicamente con el paramilitarismo (p. 518). Pero hubo un actor, esta vez nacional, que proveyó “tanto la columna vertebral como la ideología a toda la experiencia” (p. 519): las agencias de seguridad del Estado.

Finalmente, hubo una *articulación densa entre actores legales e ilegales dentro del sistema político*, particularmente a nivel municipal, dado el desarrollo de las fuerzas centrífugas. Esta articulación significó la activación de la llamada “bomba atómica” de la institucionalidad, es decir,

un fuerte cierre local y regional, en el cual las élites locales y regionales lograron dominio territorial e impunidad (p. 519).

Gutiérrez expone también cómo interactúan estos factores. Hubo un fuerte desarrollo del modelo militarista de las FARC, posible por su vinculación al narcotráfico y el empleo del secuestro. Sin embargo, este desarrollo se dio paralelo a una pérdida dramática de legitimidad. Por otra parte, el avance del paramilitarismo favoreció el modelo militarista de las FARC por sobre otras formas de guerrilla, más interesadas en el trabajo político. A su vez, el escalamiento del conflicto —al que las FARC pudieron resistir gracias a su fuerte crecimiento militar— implicó la destrucción de su tejido político. Como consecuencia del fuerte conflicto, las FARC se vieron expuestas constantemente a abandonos, capturas y bajas, por lo cual: “las FARC no hubieran tenido la menor capacidad de sobrevivir si no hubieran tenido simultáneamente una altísima capacidad de reclutamiento” (p. 526).<sup>1</sup> La exclusión social —producto de la concentración de la tierra y la dinámica misma de la guerra— operó como caldo de cultivo del reclutamiento. Finalmente, la distribución de los derechos de propiedad, en conjunto con el avance del conflicto, generó: a) inversión ilegal en tierras, cuyos compradores se proveyeron de fuentes de seguridad privada que destruyeron las organizaciones sociales agrarias; b) la definición de la propiedad agraria como recurso militar clave; y c) la definición de la propiedad como punto para disputas y reconfiguraciones del poder local (pp. 527-529).

Por último, Francisco Gutiérrez dedica unas páginas a los efectos del conflicto. Aquí resalto: a) la destrucción del “potencial cívico, las destrezas, capacidades y energías de participación” (p. 536); b) “la masificación de la entrada de agentes y dinámicas ilegales al sistema político” (p. 536); c) la “interacción de largo aliento entre armas y votos” (p. 537), generando una distorsión en los mecanismos de representación; d) el menoscabo de la soberanía y su relación con la generación o refuerzo de las exclusiones sociales; y e) las negativas consecuencias económicas relacionadas con los “costos de transacción prohibitivos” (p. 538) a los que deben recurrir los agentes que buscan tener presencia estable en determinadas regiones, la profundización del dualismo territorial y económico que afecta al modelo de desarrollo, y la concentración de tierra a sangre y fuego (p. 538).

## 2. Identidades y violencia colectiva

Gutiérrez deja claro cuáles son los límites de su explicación al afirmar que no tomará en cuenta aquellos factores que no resistan una perspectiva comparada. Para eso recurre a condiciones y factores que han sido relevantes en estudios de política comparada y de violencia colectiva; además, no se contenta con proponer estos factores sino que expone cómo interactúan dinámicamente. En este sentido, considero que un rasgo ausente en el texto es el papel de las identidades en la dinámica de la violencia colectiva.

Charles Tilly (2007) afirma la importancia que tiene la identidad en la conformación de los actores políticos que participan de la violencia

**H**ubo un fuerte desarrollo del modelo militarista de las FARC, posible por su vinculación al narcotráfico y el empleo del secuestro. Sin embargo, este desarrollo se dio paralelo a una pérdida dramática de legitimidad. Por otra parte, el avance del paramilitarismo favoreció el modelo militarista de las FARC por sobre otras formas de guerrilla, más interesadas en el trabajo político. A su vez, el escalamiento del conflicto —al que las FARC pudieron resistir gracias a su fuerte crecimiento militar— implicó la destrucción de su tejido político.

colectiva: “Los actores están hechos de redes que despliegan historias, culturas y vínculos colectivos parcialmente compartidos con otros actores” (p. 31). Así, se conforman identidades políticas que trazan líneas divisorias entre un “nosotros” y un “ellos” y que ocupan un espacio central en la trayectoria que toma la violencia, dado que no solo ofrecen relatos sobre tales líneas divisorias sino que se expresan en relaciones sociales entre ambos lados de las líneas y al interior de las líneas. Una exploración a este aspecto identitario de la violencia colectiva enriquecería la comprensión de las herencias de la violencia y, seguramente, de las articulaciones entre emprendedores políticos y especialistas en la violencia.

En el conflicto armado colombiano, la conformación de identidades está ligada a un proceso de negación del otro. Jaime Mesa y Adriana Ruiz (2013) exponen cómo la guerra ha llevado a un proceso de degradación en la construcción del enemigo, que transforma al enemigo político en enemigo absoluto, carente de humanidad y con quien la interacción es de *vida o muerte*; proceso que “impide establecer al mismo tiempo un conjunto de reglas que limiten la violencia, puesto que aquí desaparece del escenario bélico la figura del enemigo público” (p. 48).

Una mayor atención a la dimensión simbólica del conflicto, enriquecería la perspectiva dinámica que Gutiérrez aborda; permitiendo el pasaje de los factores explicativos y la secuencia específica que toma la violencia. El proceso de formación de identidades y el marco simbólico en que estas se han construido —el del enemigo absoluto— explica las formas concretas, específicas y cotidianas del conflicto armado; permite ir más allá de la idea de que la *degradación* de la violencia se debe mecánicamente a su persistencia, ilustrando el sentido que tienen las prácticas violentas para sus actores. Este elemento es importante porque la formación de identidades —y todo lo que ellas implican— constituye un mecanismo relevante en la activación y desactivación de la resolución violenta de los conflictos; es decir, contribuye a la explicación del conflicto y a los esfuerzos por construir la paz.

---

\* Véase Comisión Histórica del Conflicto y sus Víctimas (2015, pp. 498-540). La paginación corresponde al buscador de páginas del documento en PDF, alojado en el sitio web de la Mesa de Conversaciones.

#### Notas

1. Cursiva en el original.

#### Referencias bibliográficas

Gutiérrez Sanín, Francisco. (2015). ¿Una historia simple? En: Comisión Histórica del Conflicto y sus Víctimas. Contribución al entendimiento del conflicto armado en Colombia (pp. 498-540). Mesa de Conversaciones. Recuperado de [https://](https://www.mesadeconversaciones.com.co/comunicados/informe-comisio%CC%81nhisto%CC%81ricadel-conflicto-y-sus-vi%CC%81ctimas-la-habana-febrero-de-2015)

[www.mesadeconversaciones.com.co/comunicados/informe-comisio%CC%81nhisto%CC%81ricadel-conflicto-y-sus-vi%CC%81ctimas-la-habana-febrero-de-2015](https://www.mesadeconversaciones.com.co/comunicados/informe-comisio%CC%81nhisto%CC%81ricadel-conflicto-y-sus-vi%CC%81ctimas-la-habana-febrero-de-2015)

Mesa, Jaime Andrés y Ruiz Gutiérrez, Adriana María. (2013). Consideraciones

sobre el enemigo público en Colombia: 1998-2009. Boletín de Antropología, 28 (45), Universidad de Antioquia, pp. 40-61.

Tilly, Charles. (2007). Violencia colectiva. Barcelona: Hacer.